

COLECCIÓN
aire frío

Los siete contra Tebas

Antón Arrufat



Los siete contra Tebas

Antón Arrufat

Edición revisada por el autor
Ediciones Alarcos, La Habana, 2001
Edición: Norge Espinosa Mendoza
Omar Valiño
Diseño: Teresita Hernández Quesada
Corrección: Abel González Meló
Impreso en Creaciones Gráficas, s.a. La Habana, Cuba.
© Antón Arrufat, 2001
© Sobre la presente edición: Ediciones Alarcos, 2001
ISBN 959-7154-03 -X
EDICIONES ALARCOS
Revista *Tablas*. Consejo Nacional de las Artes Escénicas

Meditación en la séptima puerta: alrededor de *Los siete contra Tebas*

por supuesto, para Antón Arrufat

I

Para quienes hemos querido estar, saber y ahondar en la historia del teatro cubano contemporáneo, se han ido sucediendo claridades y enigmas. Heredando el peso de una dramaturgia que ha ganado poco a poco su esplendor, su *espesura*, hemos podido trazar una geografía aún incierta, aún joven, de la cual, sin embargo, algunas cimas y abismos son ya visibles. Cimas que parecen inconquistables; abismos sobre los cuales quisiéramos tender un rápido manto, un silencio capaz de redimirnos. Con todo, la claridad ha sido -al menos para la dramaturgia nuestra- el signo de los últimos días, revelándose a través de una diversidad temática y un afán de polémica al parecer lo suficientemente rotundo como para dejarnos pensar que los abismos son cosa ya lejana. Pero antes de afirmar cosa parecida no estaría de más recordar que todo (y no me refiero aquí solamente al mundo del Teatro), es cosa aparente. Aparente y apariencia: duda y pasmo. Si la *espesura* de la que hablaba ha ganado no poco con el retorno, desde principios de la década, de nombres que parecían insustituibles, de rostros que parecían arrancados de modo definitivo a estas páginas; quedan aún algunos puntos en el mapa lo suficientemente oscuros como para que no

podamos cruzar sobre ellos con la misma liviandad de quien atraviesa un campo. Sitios y páramos que son más de los que podemos recordar, que permanecen descubiertos como para evitarnos el sueño, la modorra, la quietud. Y en los que aún se guarda, celosamente, la clave de no pocas de las motivaciones que ahora reaparecen en nuestra escena como elementos novedosos y plenos de gracia, como osadía que ahora puede extenderse, sin demasiado temor a ser tronchada y castigada. Amargo es detenerse en esos abismos. Pero mucho más amargo es ignorarlos.

II

La obra dramaturgica de Antón Arrufat es, desde que el director Julio Mata estrenara *El caso se investiga*, una referencia obligada en la historia teatral de la Isla -frase que imagino lo mucho que a este escritor le divierte. Sus grandes preocupaciones (la Muerte y el Tiempo) reaparecen una y otra vez en las piezas que desde finales de los años cincuenta: la nunca bien llorada época de *las salitas*, comenzaron a acumularse en la memoria del dichoso y raro espectador que aplaudía esos montajes. A pesar de que su teatro parecía «más construido que vivido» -frase que también sospecho cuánto le hace reír-, Antón era capaz de convencer con sus diálogos, trazados con una lúcida ilogicidad y una limpieza filosófica hilarante. Un Teatro donde hasta las ambiciones del autor parecían medidas, donde el *tono de cámara* se hace casi palpable y donde los más graves asuntos son tratados con una frialdad pasmosa, capaz de arrebatarnos toda grandeza. Un Teatro Aparente.

Confieso haber leído con fruición esas piezas. Confieso que no todas me gustan, que algunas me parecen ya condenadas por el Tiempo, el mismo tiempo que Arrufat no deja de mencionar, transformándolo en una materia casi insoportable. Y más aún, confieso haber llegado a su obra más trascendente por motivos demasiado pueriles, por un azar y no por un empeño. Así, leí finalmente *Los siete contra Tebas* después de una conversación, en la cual se me describió la pieza como algo que debía ser conocido no por su valor intrínseco sino por haber sido piedra de escándalo.

Pero tengo una atenuante salvadora: al leerla por primera vez no tenía más de diecinueve años, una edad en la que todos ansiamos el escándalo.

Y otra, acaso mucho más resistente: la lectura de *Los siete contra Tebas* me reveló, de un solo golpe, los peligros que pueden caer sobre nosotros si no nos aventuramos de modo cauteloso en el siempre escabroso juego de las apariencias.

Seré sincero: una vez cerrado el libro no entendí el por qué. No vi la burla, la razón del escándalo, el lanzazo en el costado. Había leído una obra hermosa, espléndidamente escrita, cuya valentía mayor creí descubrirla en el modo con que se enfrentaba a un clásico, proponiendo variaciones y sutilezas capaces de (aparentemente) contemporaneizarlo. Pero, ¿hásta dónde? ¿Cuál era el resorte, el doble fondo que ocultaban aquellos versos magníficos, que yo no alcanzaba a ver? Necesité un poco más de tiempo para saberlo: tenía solamente diecinueve años.

III

Cuando, en mayo de 1968, Antón Arrufat firmaba el manuscrito de su nueva pieza tenía ya treinta y tres años. Su nombre, su rostro, su opinión, eran conocidos y respetados; casi tanto como también temidos. *Lunes de Revolución* había editado artículos suyos -severos, tajantes- sobre la literatura del momento. Su visto bueno fue imprescindible para la aparición de varios textos polémicos en la revista *Casa de las Américas*. Y he aquí, que justo entonces, tras haber ganado con *Los siete contra Tebas* el premio «José Antonio Ramos» de la UNEAC, todo eso se convirtió de golpe en silencio rotundo, en olvido y pasado, nada abrumadora. Todo el prestigio ganado, los libros, la presencia misma del autor, cayó por algo más de catorce años en el reino siniestro de lo Inmencionable. Digamos que, tal y como sucede con un actor que sufre un accidente terrible en escena, fue sacado precipitadamente de la vista del público. Por esta vez, no serían para él los aplausos.

Vengamos a la obra. Aparentemente, *Los siete contra Tebas* de Arrufat es una transposición de la obra homónima de Esquilo. Digo aparentemente porque, si bien el dramaturgo respeta la esencia del argumento griego,

incluye en él cambios importantes que influyeron no poco en la mala suerte de la obra. La leyenda cuenta que, tras haberse Edipo arrancado los ojos, Polinice y Etéocles -sus hijos- espantados ante la tragedia, decidieron ocultarlo en un horrible lugar. Edipo, enfurecido, los maldice, augurándoles que un día partirían entre sí el trono con el hierro. Para evitar el cumplimiento de la maldición, ambos hermanos deciden gobernar juntos: un año el uno, un año el otro. Así, mientras Polinice viaja, Etéocles queda al mando. Pero cuando el plazo se cumple y el hermano regresa dispuesto a asumir el poder, Etéocles no ejecuta lo pactado. Humillado, Polinice escapa a Argos y allí convoca un poderoso ejército con el cual marcha sobre Tebas, tal y como había vaticinado fatalmente el padre. Y es en este punto de la historia que Esquilo sitúa su tragedia, presentándonos la narración de la batalla donde ambos hermanos perecen en una lucha cuerpo a cuerpo. Pero Tebas queda libre y victoriosa.

Aparentemente estructurada según el riguroso canon griego, la obra de Arrufat, como ya señalé, introduce en la anécdota algunos cambios que merecen atención. Si en el original de Esquilo el conflicto trágico está centrado en el cumplimiento de la maldición -sólo por boca del Espía llega a saber Eteócles, en la mitad de la obra, que es su propio hermano quien viene al frente del enemigo-, aquí el rey de Tebas conoce desde el inicio ese detalle. Detalle espantoso, que explica en el prólogo cuidadosamente:

*Escúchenme. Mi propio hermano Polinice
huyendo de nuestra tierra, olvidando
los días compartidos, la hermandad
de la infancia, y el hogar paterno,
nuestra lengua y nuestra causa,
ha armando un ejército de extranjeros
y se acerca a sitiar nuestra ciudad.*

Con ello, el principal elemento trágico se desplaza, del cumplimiento de un destino irrevocable, a la decisión -más humana y dolorosamente asumida- de un personaje dispuesto a enfrentarse a otro, a sabiendas del parentesco que los une, compulsado por su responsabilidad ante un pueblo

enardecido y temeroso. El *pathos* de este Etéocles no será tan desgarrador ni repentino como el que pintaba Esquilo: la circunstancia más turbia ya es conocida por el héroe. Pero queda, sí, el tenebroso manejo del azar que conducirá a ambos hermanos hasta la séptima puerta, la misma que el propio Polinice se reserva tras haber designado a sus seis mejores guerreros las puertas restantes. Mas, por penoso que el hecho sea no podrá retirarse: su posición social es la misma razón que lo condena. «Hermano contra hermano, príncipe contra príncipe», dicta el texto griego. «Hermano contra hermano, enemigo/contrario enemigo», apunta Arrufat. Es evidente que el «ligero cambio» que propone el dramaturgo resulta importantísimo para la cabal interpretación de la nueva pieza. Sobre todo, así lo entendió el jurado; ya veremos luego por qué.

Otro cambio no menos llamativo está dado por la irrupción de un personaje. Si, para Esquilo, Polinice es sólo una sombra fatídica, a quien se le menciona pero que el espectador no llega a ver nunca; Arrufat concede al mismo personaje el poder de la palabra: lo deja entrar a escena. Así, mediante un diálogo tenso, en el raudo espacio de una tregua, los hermanos exponen sus credos; las diferencias quedan establecidas. Se deja claro entonces que la reconciliación es imposible: Polinice volverá al campo de batalla y Etéocles, desoyendo las advertencias del Coro, sale a enfrentarse con la muerte. Esta variación -con la cual el dramaturgo alcanza uno de los más brillantes momentos-, introduce un cambio más: si el Polinice esquiliano es una víctima despojada de lo que por ley le pertenece, el de Arrufat posee distinta historia. Y de este modo conocemos que el airado hermano sí ha gozado del poder, y que su gobierno mediocre, plagado de errores que angustiaban al pueblo, fue cercenado con el destierro por Etéocles. Las razones que el rey de Esquilo no tiene como pretexto (si bien gobernante justo, sabe que sobre él pesa la culpa de una injusticia), son aquí otras y palpables. Etéocles, alegando que ha podido librar con su orden al pueblo de un tirano, se justifica: «Para ser justos es necesario ser injustos un momento». Pero el hermano ofendido también expone -con más sufrimiento que rencor- las causas que lo arrastran:

Recordad los males del destierro:

*vagar por lugares extraños, escribir
y esperar cartas, mientras rostros,
nombres, columnas se deshacen en la memoria.
Aquí está todo lo que soy, y lo que amo.
Contra mi voluntad hago la guerra.
Contra mi voluntad me desterraron.*

Entramos, así, en el reino de lo ambiguo -otra vez las apariencias. Tanto un hermano como el otro esgrimen razones de peso, que si bien no llegan a justificar sus actos sí los hacen, al menos, más comprensibles y sólidos. Cumpliendo con lo que los críticos llaman «regla de oro del dramaturgo», Arrufat presenta seres no del todo culpables, no del todo inocentes. No del todo. No lo bastante. Más humanos, más sujetos a las consecuencias de sus propios actos, conceptos y mezquindades que a los designios de un dios insobornable y severo, saben que se enfrentan en pos de la perfección, alcanzable solamente a través del sacrificio. Golpe que los enlaza más al concepto hegeliano que al que les impone el hierático decir de Esquilo; y que nos los acerca, nos obliga a verlos como (aparentes) contemporáneos, no sólo revestidos de pureza sino también capaces de flaquear y contradecirse. He ahí uno de los puntos que me hacen sospechar acerca de la verdadera naturaleza de este texto, demasiado cargado de modernidad como para amoldarse del todo al fijo patrón griego. Pero de esto hablaré más tarde; Polinice y Etéocles, aún aquí, esperan ansiosamente la sangre que va a coronarlos: confían en que ese elemento, trágico por excelencia, será capaz de ofrecerles el honor perdido. Nuevamente, la transgresión deviene apariencia.

Además de estas alteraciones existen otras que separan claramente la mirada de Arrufat respecto a la de la tradición. Son detalles referentes ya no tanto a la esencia como sí al lucimiento escénico de la trama. Es decir: el reparto se multiplica, no habrá un solo Espía sino dos, el Adivino dejará de ser una mera referencia y dictará personalmente sus augurios, las mujeres tebanas despiden a los adalides declamando junto a ellos versos de esperanzada belleza, etc. Detalles que, lejos de arrebatarse a la pieza la tensión, el dinamismo concentrado que aún sostiene al original; le conceden

al dramaturgo cubano la posibilidad de mostrar su poderío, su imaginación teatral, redondeada en pasajes hermosísimos: recordemos las palabras de ánimo que los guerreros dedican al Coro, las vividas descripciones que los Espías -por medio del gesto y la voz- hacen de la batalla, o la ya mencionada escena del diálogo entre los hermanos. Allí Arrufat, poniendo a prueba su cultura, su talento, la solidez de su visión, se libra al fin de la a ratos casi palpable fidelidad que guarda al texto griego y levanta, de lo que eran sólo líneas, sugerencias o nada, una materia extrañamente novedosa, aprovechada hasta las últimas consecuencias. Aún en el final, decide obviar el enfrentamiento entre Ismene y Antígona -que la mayor parte de la crítica considera espurio- y coloca en labios de Polionte el destino del cadáver de Polinice:

*Ustedes, sepúltenlo.
Tendremos para él la piedad
que no supo tener para Tebas.*

Grandeza de un pueblo que en su victoria no olvida la bondad para con los enemigos derrotados, exaltada en esta obra profundamente bella y renovadora. *Los siete contra Tebas* viene a ser, dentro de la dramaturgia de Arrufat y dentro de toda la dramaturgia nuestra, un ejercicio de alto riesgo, una prueba de las que no siempre se puede salir triunfante. No sólo gana en su osadía al enfrentarse a un clásico, sino también en la forma con que lo ejecuta. Centrándose en la tragedia en sí (y no cediendo a la parodia o al mero choteo sobre el original, líneas que en nuestra escena tienen exponentes notabilísimos -pensemos en *Electra Garrigó*, *Medea en el espejo*, etc; así como otros sencillamente deleznable), y heredando lo mejor de sus antecedentes: la *Ifigenia cruel*, de Reyes, las piezas en verso blanco de Peter Weiss; la obra supera los moldes ya resabidos y rechaza la máscara del ya por aquellos días gastado -a fuerza de tantos experimentos no siempre creativos- *teatro de la crueldad* para escoger una senda de más reconocida -y por ello, peligrosa- estirpe. Belleza de un texto pleno de recursos poéticos, donde la metáfora y la imagen cobran un espesor invisible, corporeizando actos y objetos que el público debe imaginar. Si los

parlamentos de Esquilo se esfuerzan en referirnos la lucha que no veremos, aquí el recurso llega al máximo: la propia acción es resultado del verbo y éste puede usurpar el lugar de aquélla. Pero esto también tiene ganancias de indudable eficacia escénica: el Coro debe hacer creíbles las transparentes armas con que inviste al héroe, así como también debe hacer creíble la barca fúnebre que levanta con sus movimientos y sonidos en un espacio poblado únicamente por las líneas geométricas que los actores van trazando. Sobriedad y eficacia, plasticidad que apunta hacia la coreografía. Evidentemente actualizada respecto a las técnicas teatrales de su instante, la pieza de Arrufat respira aún una juventud tangible, rica en posibilidades que cualquier texto actual le envidiaría. Nada hay aquí (aparentemente) de aquellas salas agobiantes o de los mediopuntos y demás muebles que conformaban el inmovible escenario de sus piezas anteriores, de las que sólo permanece -vago rumor- la incertidumbre, el cerco que se cierra de modo tan irónico sobre los personajes. Aquí el Tiempo y la Muerte siguen reinando. Sólo el decorado, el lenguaje, las balsas paredes, cambian ahora.

Después de este rápido -demasiado rápido- repaso a la obra, quedan por supuesto cosas que dejaré a otros críticos, más lúcidos y valientes. Yo apenas me he propuesto demostrar que, por encima de todo (incluso de su mero valor como documento que, como obra de arte en fin, también lo tiene), *Los siete contra Tebas* es teatro verdadero, escrito con una limpieza y calidad que la separan del conjunto. Lo demás, es agonía y bruma, apenas existe. Pero queda, sí, una última y casi ineludible pregunta a la cual no me resisto: ¿estamos en presencia o no de una verdadera Tragedia? Abilio Estévez, en los párrafos que escribe para presentar la obra en una reciente antología, dice que no. Y explica su negativa basándose en que la fatalidad ha desaparecido: «falta el elemento fundamental de lo trágico». Y agrega:

Si en la obra de Esquilo la fuerza radica justo allí en la inflexible causalidad, donde la culpa y la maldición dibujan el destino de un hombre que merecía otro destino, aquí todo se ha transformado en azar. La casualidad ha ocupado el lugar de la ananké. En la inseguridad radica la fuerza de esta No-Tragedia.

Membrete ése que divertiría a Virgilio Piñera, el de la No- Tragedia, pero que me hace desconfiar -algo que también lo divertiría. Basta volver sobre algunos conceptos que ahondan en lo Trágico para que la sospecha se haga mayor. Estévez afirma que la ausencia del «elemento trágico» altera el carácter genérico de la obra. Yo opino que la ausencia de fatalidad no es absoluta. Si bien Etéocles sabe la identidad del mayor enemigo: su propio hermano, este es un detalle que puede amplificar -y ya se verá con cuánta eficacia logró hacerlo- determinadas lecturas; pero no llegar a tanto. El rey de Tebas sigue comportándose como un héroe esencialmente trágico: acepta el cumplimiento del hado -fatalidad- disponiéndose a la lucha, sin pensar siquiera en escapar de la Muerte. Motivaciones internas y externas lo obligan; sabe que con la caída recobraré su libertad. Pero, eso sí, a diferencia del personaje de Esquilo, éste es desde el inicio un ser consciente, lúcido, y no arrastrado ingenuamente a la catástrofe. Sabe lo que le espera y no acepta misericordia. Cuando, al ser informado por los Espías sobre la disposición del enemigo vemos que no necesita la confirmación para saber su destino, lo comprendemos: es en la *seguridad* que radica la fuerza de esta Tragedia. Seguridad del saberse empujado a un enfrentamiento terrible e inaplazable, anunciado desde el comienzo y cumplimentado así. Todo enfrentamiento es de raíz trágica, y Etéocles, reconociéndolo, grita:

*¡Al fin la fatalidad me pega en los ojos!
En vano quise ignorarla. Creí por un momento
que la acción de la guerra dilataría su llegada.
Pero está aquí. Viene en la rueda de los carros,
llega del brazo de mi hermano, los dardos la empujan.
¿Qué culpa hallaste en mí, qué maldad interior
para que no me dejes, para que no me olvides
y al fin te cumplas, despiadada?*

Ya se ve que no es en la pretendida «ausencia de fatalidad» que podríamos hallar denominación para esta pieza. A mí, lo que me hace recelar son otras causas. ¿Por qué un dramaturgo que había cifrado sus

intereses en otras formas, en un momento donde el teatro hacía del absurdo y la violencia sus paradigmas -propugnados, en parte, por su propia obra anterior-, se dedicaba a escribir una versión tan (aparentemente) fidedigna? ¿Por qué el lenguaje elevado, el seguimiento de una estructura clásica y no su rompimiento, no la burla directa? ¿Se dejaba llevar por un simple afán de experimentación o buscaba para su literatura un nuevo camino, un nuevo modo de hablar a sus contemporáneos, hastiado de la moda? Estas preguntas, casi inconscientemente, me remiten a uno de los mejores relatos de Borges, aquél donde un autor del siglo XX reescribe, letra por letra, *El Quijote*. El resultado es un libre idéntico y diverso, porque la época marca el signo y sería iluso pensar que Pierre Menard gozaba del mismo punto de vista, creencias y prejuicios que padeció Cervantes. Inversión del espejo, escarnio, paradoja y nada de ingenuidad están en esta pieza, disimuladas algunas y menos ocultas otras, donde asoma a ratos una modernidad que nos sacude y se desprende del molde que parece respetar, alertándonos. Adelantándose a un ejercicio que hoy se nombraría intertextualidad, lo que empezó siendo una versión del texto griego a solicitud de Armando Suárez del Villar para representarse en Teatro Estudio, creció a una magnitud insospechada, reafirmada en la contundente frase del autor: «Lo cubano en mi teatro soy yo». Una Tragedia, sí, tal vez, tal vez menos clásica y pura. Pero toda una Tragedia. Una Tragedia Aparente.

Aparente o no, Tragedia o no; lo cierto es que *Los siete contra Tebas* es una de esas obras que demuestran la viveza de un espíritu y son capaces de dividir tangencialmente el quehacer de un artista. Y así, en efecto, poco después de haber recibido el premio, se comenzó a hablar de la trayectoria de Antón Arrufat antes y después de *Los siete contra Tebas*. Pero, cuidado, no había aquí razones demasiado gloriosas.

IV

Comencemos con una cita:

Hace algún tiempo Antón Arrufat es conocido en los círculos literarios por sus majaderías, su carácter variable, y en fin, una serie de cosas y

cositas de distinta índole que no vienen al caso. Lo que importa es que también, y sobre todo, se le conoce como autor de más de uno de esos poemitas «extraños» que, si se les analiza bien no tienen nada de extraños: son simple y llanamente hostiles al proceso revolucionario.

En aquella tarde en que leí, finalmente, *Los siete contra Tebas*, apresurado como todo adolescente, cometí un error. Un error que, de no haber ocurrido, me hubiera dejado entender mucho más las consecuencias desatadas por la obra. Ansioso, no detuve mi vista en la extensa «Declaración de la UNEAC» que, en su única edición cubana, precede a la obra. En ese documento (cuya lectura probablemente me hubiera hecho arrojar lejos de mí libro tan peligroso), se ahondaba en el «caso Padilla» y en el «caso Arrufat».

Ambos escritores habían ganado, en el año de marras, los premios correspondientes a poesía y teatro que concede tal institución; levantando polémicas que no llegaron a zanjarse ni siquiera con la salida a la venta de ambos libros, prologados por el apéndice al cual me refiero. Sobre el cuaderno de Padilla se escribió mucho. En cuanto a Arrufat, fue mayor el silencio. Un silencio que se extendió durante catorce años, y que ya se presagiaba en aquel documento que dedicaba quince párrafos al poemario y sólo uno para enjuiciar la pieza teatral. Pero se trata de un párrafo eficaz, utilísimo hoy día.

Allí, con no poca vehemencia, se explica que bajo el pretexto -o apariencias- de una versión del clásico, se esconde un claro cuestionamiento de la realidad de la Isla, transformada en «ciudad sitiada» cuyos habitantes cuyos habitantes, espantados, parecían dispuestos a abrir los caminos al enemigo. Y es justo aquí donde el tantas veces mencionado asunto de la lucha entre hermanos dispuestos a aniquilarse cobra su peor sentido. Según la «Declaración...», los que marchan al exilio «dejan de ser hermanos para convertirse en traidores», una vez que se disponen a atacar para recuperar el sitio perdido. Sobre este criterio -del cual se ocupó finamente Abilio Estévez- yacen las principales consecuencias del asunto, que costarían no poco al dramaturgo, culpable (según todo esto), de haber representado con tan negros tintes la víspera de Playa Girón. Para colmo, cuando Polinice

echa en cara su totalitarismo a Etéocles, éste reconoce que ni aún devastando la riqueza familiar que ahora se le reclama, aplacó el hambre de todos, lo cual operaba como una referencia al parecer demasiado llana alrededor de la situación económica del país en aquel entonces. La propia cita que precede a la obra (tomada de la presentación de Reyes a su *Ifigenia cruel*) dejaba claro que con un mero cambio de nombres se desmoronaría aquella Tebas aparente, dejando a la vista otras murallas algo más conocidas. El ambiente tenso, los sucesos de por aquellos días, la intolerancia que poco después cobraría voz de mando, los poemas de mensaje explícito de Padilla y el rechazo de dos miembros del jurado, echaron las suertes.

¿Qué se cree este señor? ¿Que le vamos a celebrar la gracia? ¿Que le vamos a representar su obra; dejar que Piñera o Rodríguez Feo salgan a cargarla de elogios? No, esta guerra nuestra es de veras, no es un juego.

No es una lucha entre hermanos que ha sido alentada por gente soberbia y ambiciosa, es una lucha contra el imperialismo sin tregua posible, y el que venga a tomar la Ciudad no va a encontrar lloronas que digan «tercos, tercos, tercos» ni que se pregunten qué libertad han perdido.

Con estas palabras se habló entonces de la obra -palabras que, tenebrosamente, recuerdan el tono con que algunos colegas de Arrufat enjuiciaron públicamente la obra de *Orígenes*. Extraídas de la prensa, firmadas por un desconocido, dictaminaban el destino de Arrufat. No, esta vez «el bravo Antón, el asustadizo Antón, el antojadizo Antón» no vería el estreno de su obra; ni Feo y Piñera («los flamantes editores») podrían alabarla. Tras ser publicada, la pieza fue víctima del mecanismo eficaz del Silencio, un silencio que aún hoy -cuando Arrufat ha vuelto a la luz pública- pesa y parece incommovible. Junto a su guía, que en el mismo año de estos hechos ganaba otro premio con *Dos viejos pánicos*, Arrufat entraba a la Nada, integrando una oscura lista de nombres y obras que espera todavía por su revisión. Con *Los mangos de Caín*, *La noche de los asesinos*, la pieza de Piñera y las de otros autores (Milián, Cárdenas, etc.), *Los siete contra Tebas* era simbólicamente desterrada. Y si bien hoy Estorino estrena

y dirige libremente, Milián hace otro tanto, y *Dos viejos pánicos* llega por fin al público, *Los siete contra Tebas* no ha vuelto a ser tema de debate. ¿Será este el precio de enjuiciar la realidad, de opinar sobre ella, precio que entonces habrán de pagar todos los artistas? Ojalá que no. Pero lo cierto es que el artículo citado sigue sin respuesta, a pesar de las hermosas líneas de Abilio. Para nosotros, la batalla sigue ocurriendo, más allá de la séptima puerta.

Véase que no pido más que el retorno de una obra valiosa, y no la cabeza de los responsables de su olvido. Con el tiempo, hemos aprendido a ser menos abruptos que los miembros de aquel jurado, que a fuerza de hacer una lectura tendenciosa del texto olvidaron que al final de la pieza la Ciudad recobra su libertad, y que amanece. No hay derrota; como no habrá guerra sin temor ni sacrificio, triunfo sin llantos ni dudas. A la altura de nuestros días hay que ser, como diría Carlos Espinosa en su *Antología...*, «extremadamente suspicaz para comprender las causas que motivaron el airado rechazo de la UNEAC». Hemos recuperado el diálogo, hemos comprendido el valor de las apariencias, de las diferencias; la metamorfoseadora capacidad de la Literatura. Volvemos a hablar de Triana, de Piñera, de Novás Calvo, de Lezama. Pero Arrufat -que está vivo, que está aquí, que no ha aprovechado su rehabilitación para lanzar dardos-, ha debido esperar largamente por su regreso a las tablas. Afortunadamente su espera no ha sido nula, y nuevos títulos suyos se han ido publicando desde que en 1984 apareciera *La caja está cerrada*. Tras ella, aparecieron poemarios y libros de relatos, crónicas, etc. Incluso se editó una nueva pieza, que no superó las expectativas creadas por su antecesora. Libros que demostraron que a pesar del silencio y otras lejanías, Antón Arrufat no quiso seguir el prudente consejo con el cual pretendía despedirle el desconocido articulista:

Quédese quieto, tome sus pastillas. Pero por favor no venga a estas alturas con sus descarados ataques. Que no está la magdalena para tafetanes.

El gesto de no haber detenido su obra, de haber persistido, merece algo más que agradecimiento y aplauso. Algo más que estas cuartillas. Algo más de memoria. Lentamente, pero cada vez con mayor seguridad, se han ido sumando páginas sobre esta pieza, declaraciones del propio Arrufat que clarifican la historia aún polémica que marcan estos hechos. Al respecto, la reciente entrevista de Leonardo Padura aparecida en la revista *Crítica*, y las reflexiones de Antón en la mesa redonda «El teatro cubano actual: intertextualidad, posmodernidad y creación» de la revista *Temas*, vienen a ser ya materiales de primera mano en los cuales esa memoria exigida empieza a ganar un perfil imborrable, irrefutable.

V

En 1998, *Los siete contra Tebas* cumplió treinta años desde su publicación. El silencio, alrededor de esta pieza, perdura, más grave o menos seguro. Que así continúe depende de nosotros, y de nuestra capacidad de asumir lo que aún sigue pareciendo riesgo. Parecer, apariencia, aparente. Abismos y cimas. Enigmas y claridades. Sospecho que este interminable, denso juego de apariencias -pese a todo- interesaría y provocaría a Arrufat. No sé, no le he preguntado. Prefiero hacerlo cuando esto -la obra, las consecuencias-, sea materia que repasemos mansamente, o al menos con la quietud que brinda lo superado, cuando el lector haya recorrido los versos de la obra que volvemos a publicar en esta Isla donde no hemos dejado de pensar en ella, ampliando esa meditación a lo que este libro se enorgullece humildemente en ofrecer. Yo escribo estas líneas para dar fe, para iniciar nuevamente el juego con los dados aparentes de la meditación. Ojalá que por esta vez no termine todo en espejismo, en ilusión o silencio; esas otras formas, no menos eficaces, de la ineluctable apariencia que es también la Vida.

Norge Espinosa Mendoza

Algunas fuentes

Antón Arrufat

Los siete contra Tebas. Ediciones UNION, 1968. Premio «José Antonio Ramos».

Con una «Declaración de la UNEAC».

Teatro. Ediciones UNION, 1963. Nota de solapa de Calvert Casey.

Todos los domingos. Cuadernos R, 1964.

Leopoldo Ávila

Antón se va a la guerra. Artículo en *Verde olivo*. Noviembre, 1968.

Carlos Espinosa

Antología del teatro cubano contemporáneo. Fondo de Cultura Económica, México-España, 1992.

Abilio Estévez

Nota de presentación para Los siete contra Tebas. Antología del teatro cubano contemporáneo, de Carlos Espinosa.

Rine Leal

En primera persona. Colección Teatro y Danza, 1966.

Teatro cubano en un acto. Ediciones R, 1964.

Los siete contra Tebas

Cierto amigo, no ayuno de letras, me dijo cuando leyó la Ifigenia: «Muy bien, pero es lástima que el tema sea ajeno». «En primer lugar -le contesté -, lo mismo pudo decir a Esquilo, a Sófocles, a Eurípides, a Goethe, a Racine, etc. Además, el tema, con mi interpretación, ya es mío. Y, en fin, llámele, a Ifigenia, Juana González, y ya estará satisfecho su engañoso anhelo de originalidad».

*Alfonso Reyes
(En comentario a su obra
Ifigenia cruel.)*

Personas

Etéocles, gobernante de Tebas

El Adivino

El Coro de mujeres tebanas

Espías I y II

Lástenes

Polionte

Melanipo

Megareo

Hiperbio

Háctor

Polinice, hermano de Etéocles

Hombres y soldados de Tebas

*Rumor, agitación, comentarios incomprensibles. Hombres y mujeres se desplazan, forman pequeños grupos*rítmicos que expresan expectación o terror. De pronto un silencio imponente. El Coro forma un círculo: se abre y aparece Etéocles en el centro. Tiene el pecho desnudo y está descalzo. Al pronunciar su discurso, los hombres le investirán sus armas, en un ceremonial de gestos precisos y dinámicos que debe prescindir de la presencia física de las armas.*

Etéocles: *Ciudadanos, es menester que ahora
hable quien vela por la patria
sin rendir sus ojos al blando sueño,
sin escuchar las voces enemigas
ni entregarse al recuerdo de su propia sangre.
Escúchenme. Mi propio hermano Polinice,
huyendo de nuestra tierra, olvidando
los días compartidos, la hermandad
de la infancia, el hogar paterno,
nuestra lengua y nuestra causa,
ha armado un ejército de extranjeros
y se acerca a sitiar nuestra ciudad.
He enviado espías y exploradores.
Confío en que pronto estarán de regreso
y sabremos nuevas ciertas del campo enemigo:
el número de sus armas, su estrategia,
el valor de sus hombres. Nada ignoraremos,
e instruidos por esas referencias
estaremos prestos contra toda sorpresa.
Ha llegado el momento. Es nuestra hora.
En ella nuestra causa afirmamos,
su justicia y valor. Para nosotros
florece esta batalla y traza
nuestro rostro en la historia.
He aquí el escudo de mi padre,*

*el casco de mi abuelo, la espada
que mi hermano Polinice abandonó
para que no le recordara su traición.
Esgrimo estas armas, las empuño.
Con ellas retomo el aliento
de toda mi familia, su antiguo
vigor, y juro defender esta ciudad
y su causa. Que empiece el día
en que seremos obra de nuestras manos.*

El Coro: ¡Suelten las aves proféticas!

El Adivino: (Sale de entre la gente de un salto y expresa con su cuerpo el hecho de soltar los gallos.)

El Coro: (Se mueve y canta como los gallos, con intensidad expectante, en forma abrupta y basta.)

El Adivino: Etéocles, los agoreros signos
del canto de las aves solares,
que unen el cielo a la tierra
y trazan con sus voces el futuro,
anuncian que el ejército invasor
ha determinado atacar la ciudad
esta noche. Sus hombres se preparan.

El Coro: ¡Los Espías! ¡Los Espías! ¡Los Espías!

El nombre se repite como a lo largo de una fila de centinelas, hasta perderse.

Espías I y II: (Mientras uno habla el otro permanece en silencio realizando físicamente las imágenes de la narración.)

*Te traemos noticias del campo enemigo,
noble Etéocles. Ocultos, anhelantes
vimos siete caudillos, ardorosos guerreros,
sacrificar un toro sobre un escudo negro,
mojar sus manos en su sangre y jurar
destruir la ciudad o morir en esta tierra.*

*Después, con las manos ensangrentadas
todavía, se despidieron de sus mujeres
y sus hijos. Lloraron. Vimos sus lágrimas
salir hilo a hilo, pero sus rostros
estaban impávidos. Ni una palabra
de piedad brotó de sus labios apretados.
Respiraban guerra sus pechos de hierro,
y con los ojos se alentaban mutuamente
a la matanza. Antes de irnos, noble Etéocles,
divisamos a tu hermano. Allí estaba, junto
a los jefes extranjeros. Lo vimos agitar
los dados, lo vimos iniciar el juego.
Cada uno de los caudillos se repartió
en el juego una de las siete puertas
de la ciudad. En ese momento, sin saber
qué puerta les deparó el azar,
decidimos venir a informarte. Escuchamos
aún el chasquido fatídico de los dados.
Pronto, escoge nuestros guerreros
más diestros y apóstalos en las avenidas
de las siete puertas de la ciudad.
No pierdas tiempo. Todo puede peligrar.
El ejército enemigo eleva una densa
polvareda, crujen sus armas, un espumarajo
se desprende de la boca de sus caballos.
Pronto, organiza la defensa, elige
el instante favorable. Ya nos parece
oír los cascos cerca de las murallas.
No pierdas tiempo. Nosotros seguiremos
el resto del día vigilantes y fieles,
más allá de las puertas.
(Salen.)*

Etéocles: *A las almenas, a las puertas, a las torres.
Empuñen sus armas, antiguas o nuevas.*

*Al pecho las corazas. Firmes. Animo.
No teman a una turba de ambiciosos.
Nos protegerán nuestros brazos. Firmes.
A las almenas, a las puertas, a las torres.
(Se van los hombres. Etéocles se aparta un momento.)
Que estos hogares no se derrumben
bajo el golpe enemigo. Que el polvo
de sus piedras no se disperse en el viento.
Si es necesario
que enfrente a mi hermano Polinice,
si es necesario, sea.
Estoy dispuesto.
Me entrego a la causa de Tebas.
¿Debo golpear
a mi hermano con esta espada?
¿Debo sacrificarme?
¿Aplacará mi sangre
su ansia de desastres?
¿Es necesario ahora el sacrificio?
Que sepa al fin
el pecho que debo aniquilar,
el instante,
los recuerdos.
Que sepa al fin la puerta que abre nuestro triunfo.
Ahora estoy solo. Seré Etéocles. Vamos.
(Sale.)*

*Fuera cantan como gallos, lejos. Quedan las mujeres del Coro. Se agitan
aterradas.*

El Coro:

*I: Veo a los guerreros enemigos lanzarse
hacia nosotros en fiera acometida.
Lo adivino en este polvo que se eleva,*

*nos envuelve, que nos mancha la cara,
mudo, pero mensajero cierto e infalible.*

II: *Me arde la cara. Me suda la frente.*

III: *El polvo me ciega. Me lloran los ojos.*

IV: *Ay, amigas, ¿quién nos salvará?
¿Quién acudirá a nuestra súplica?*

II: *El polvo aumenta. Escucho, escucho
el fragor de la tierra, sacudida
por los cascos de sus caballos,
que emerge de entre el polvo
y se acerca, y vuela, y brama
como un torrente victorioso, ¡ay!*

V: *Veo sus armas lucientes salir
de entre el polvo, avanzar buscando
nuestros pechos. Aquí, aquí.
Me traspasan sus afiladas lanzas.*

III: *¿Qué puedo hacer sino postrarme
suplicante ante nuestros altares?*

I: *Esas espadas buscan el corazón
de nuestros hombres, de nuestros esposos.
Rajan sus carnes. Los labios de sus heridas
expulsan el ánimo vital temblando,
y cierran sus ojos, y olvidan sus nombres.*

IV: *Oigo el choque de los escudos,*

II: *de millares de lanzas,*

I: *de millares de carros,*

V: *de piedras que se abaten contra las murallas,*

III: *de bronces que golpean nuestras puertas.*

El Coro, integrado por mujeres que hablan mientras otras expresan con el cuerpo las imágenes que la palabra les provoca, alcanza un estado de alucinación.

II: *¡Horror! Veo desde las almenas*

*una llanura de muertos amados.
Sus partes deshechas en la tierra,
mudos, ciegos,
aplastados por caballos y escudos.*

IV: *Ay, amigas, ¿quién nos salvará?
¿Quién acudirá a nuestra súplica?*

V: *Allí, allí: alguien su brazo levanta,
se agita, mueve los dedos, me llama.
Me llama. Es un grito espantoso.
Ya voy. Espera. Pero está rígido,
entreabiertos los dedos. Es el viento.
Ahora bate las cintas de su escudo.
Es el viento. No respira. Está helado.*

I: *El carro de Etéocles llama
a la séptima puerta: está vacío.
Su caballo tiene sueltas las riendas,
los arreos manchados de sangre.
Da un relincho y se pierde solitario
por esa llanura de cadáveres.*

Algunas mujeres se pegan en los muslos con las manos abiertas, recrean con fuerza trágica los movimientos de un caballo, su relincho, mientras otras repiten el mismo texto desde una parte diferente del espacio escénico.

IV: *Ay, amigas, ¿quién nos salvará?
¿Quién acudirá a nuestra súplica?*

Etéocles: *¡Mujeres! ¿Es ésta la manera
de servir a la ciudad, de dar
aliento a sus sitiados defensores?
(Habla a distintas mujeres. Las agarra de los brazos y las increpa.)
¿No saben hacer otra cosa
que lamentarse y gemir?
Desde las almenas se oyen los gritos.
Basta de lamentos y visiones funestas.*

Tú, ¿qué temes? ¿Por qué te arrodillas?

tú, ¿qué haces con esos ramos?

tú, ¿por qué lloras y gimoteas?

Tu esposo está en las murallas.

Lo he visto. Hablé con él.

¿Quieres desalentarlo con tus lamentaciones?

¿Quieres que inerte se entregue al adversario?

III: *Me postré tan sólo para depositar*

en los dioses mi esperanza...

Etéocles: *Ruega tan sólo por nuestros hombres.*

Confía en el vigor de sus brazos.

V: *Quieran los dioses no abandonarnos nunca.*

Etéocles: *Que no nos abandonen nuestros guerreros.*

II: *¿Qué son esas luces? ¡Oh desventura!*

Los soldados enemigos implacables

recorren la ciudad con encendidas teas.

Etéocles: *No nos pierdas, mujer. Deja los negros*

vaticinios. Quien manda pide obediencia.

No lo olvides. Y la obediencia a una sola

cabeza engendra el suceso que salva.

V: *Es mayor el poder de los dioses.*

Puede levantar al desvalido

de entre sus males, desvanecer de pronto

la niebla del dolor en sus ojos.

Etéocles: *Ruega, si así lo quieres. Que los dioses*

te escuchen. Pero no dejes de ayudar

a nuestros guerreros con tus manos.

Domina tu terror. Permanece serena.

III: *(Golpeándose con el ramo de olivo.)*

Ay, vientos inciertos, ay. La muerte

me amenaza. Quiere oler mi carne.

Dioses, acojan mis votos.

¿Dónde me arrastrará ese ejército?

Etéocles: *No nos arrastrará. Permaneceremos.*

*No es el momento de dudar, de ocuparse
de uno mismo. Ellos avanzan
unidos, y nosotros
nos destruimos aquí dentro.*

V: ¡Rodearán la ciudad de Tebas!

Moriremos de hambre y de sed.

Etéocles: Aquí estoy para ordenar lo que haremos.

I: ¡Ya relinchan los caballos, se agitan sus penachos! Pasan
como miles de brazos de la muerte.

Etéocles: ¡Harás como si no los oyeras, harás como si no los vieras, mujer!

V: Crujen las puertas y se desprenden.

Etéocles: ¡Calla! Guarda tus augurios. Te lo ordeno.

II: ¡Dioses de Tebas, no entreguen la ciudad!

Etéocles: Teme en silencio. Lucha por ella.

III: ¡Líbrame de la esclavitud!

Etéocles: ¡Tú misma te esclavizas, y a todos!

IV: ¡Dioses, amparadme de mis enemigos!

Etéocles: ¿Suplicas todavía? ¡Te ordené que callaras!

IV: Me falta el aliento. El terror traba mi lengua.

*Las mujeres; desgarradas las ropas, jadeantes, de rodillas, tiradas en el
suelo, terminan rodeándolo. Sus manos se aterran a las suyas. Etéocles
abre los brazos a lo largo del cuerpo.*

Etéocles: Oigan. Se lo ruego.

El Coro: (Uniéndose.)

Dilo cuanto antes.

Etéocles: Les pido silencio.

El Coro: Callaremos.

Etéocles: Les pido que no teman.

El Coro: No temeremos.

Etéocles: Les pido que se unan a nosotros.

El Coro: Nuestra suerte será la suerte de todos.

Etéocles: (Se sueltan las manos.)

*He aquí al fin una palabra que me agrada.
Por ella les perdono todas las demás palabras.
Depuesto el temor del enemigo, escuchen
ahora mis votos.
Si alcanzamos la victoria
y la ciudad se salva, juro
que honraremos a los guerreros,
a los muertos,
a los que supieron luchar por todos
renunciando un momento a la dicha privada.
Colgaremos en nuestras casas, en las murallas,
en las siete puertas de la ciudad,
las vestiduras de los invasores
que ostenten las señales gloriosas
de nuestras armas. Llena estará
la ciudad con los trofeos de la victoria.
Para mí nada pido. Si muero, recuérdense
como soy ahora, sitiado por mi hermano
y nuestros enemigos. Que este momento
en sus memorias mi imagen configure,
brillando como el instante puro de mi vida.
Si vuelvo, si mi escudo y mi brazo
me otorgan el regreso a estos lugares
que ya empiezo a añorar, gobernaré
sereno, con cuidado y justicia mayor.
Mujeres, canten ahora un jubiloso himno
de esperanzas marciales. Después, ayuden
a los guerreros a llevar sus armas.
Parto a disponer seis adalides audaces
para que las siete puertas de la ciudad
defiendan. Yo seré el séptimo.
(Sale.)*

El Coro: *(Se divide. Dos mujeres cantan un himno de combate, con voces regocijadas y alaridos. Las otras reanudan el lamento.*

Poco a poco, arrastradas por el entusiasmo, se integrarán al himno.)

III: *Intento obedecerte, y sin embargo
la ansiedad no abandona mi pecho.*

IV: *Otorga una extraña luz al futuro.*

V: *Me estremece el anatema de tu hermano.*

III: *¿Qué cuerpo atravesado caerá en tierra?*

IV: *Me sigue el perro furioso de la pesadilla.*

I y II: *(Cantando.)*

*Dios de la guerra,
brazo potente,
concede a los tebanos
tu rebosante ardor.
Sostén de la ciudad
y sobre el cuerpo
extiende
tu escudo protector.*

III, IV y V: *¿Qué crimen cometimos? ¿Qué libertad perderemos?*

I y II: *¡Batan los escudos!*

¡Toquen las trompetas!

Resuena la guerra.

¡Marchen adelante!

III, IV y V: *¡No entreguemos la ciudad a la feroz soberbia!*

I, II y IV: *Mi pecho palpita,*

mi sangre se quema.

¡Oh cuánto yo diera

por pelear también!

III y V: *Viene la noche y romperá la clave del destino.*

I, II y IV: *Nuestros dardos*

vuelan,

las lanzas fulguran

bajo el sol de la guerra.

(Se repite.)

III. y V: *¿Qué crimen cometimos? ¿Qué libertad perderemos?*

I, II, III y IV: *Nuevas flores*

tendremos
al volver.
los que no regresen
dispondrán
en silencio
la nueva primavera.

V: *Es la luz de las antorchas, ¡ Entran los adalides!*

Aparecen los seis Adalides. Se realiza el ceremonial de la investidura de las armas, que como en el de Etéocles, debe prescindir de la presencia física de las armas. Al entrar los Adalides, las mujeres cantan otra vez la primera estrofa marcial. Ellas realizarán el ceremonial de la investidura a lo largo de toda esta escena.

Polionte: *Salud, mujeres. Nos alegra encontrarlas aquí. Nos alegra oírlas cantar en la ciudad. Todos los hombres abandonaron sus oficios de paz. Nadie dormirá en su casa esta noche. Ante el peligro de dejarnos de ver, de perder el sabor del pan, la mañana, el deseo de los cuerpos, son ahora la lanza y el escudo nuestros más perfectos instrumentos. Hiperbio, tendremos una buena batalla, una batalla que detenga la muerte a las puertas de Tebas. Al volver los Espías, partiremos.*

V: *Está Hiperbio entre nosotros. Hijo de Enopo, hemos visto tu escuela. Es hermosa y sencilla. ¿Qué tiempo te llevó edificarla?*

Hiperbio: Mucho más tiempo que el de esta
noche, en que puedo perderla.
Lenta es la obra, pero la
destrucción tiene rápidos pies.

Megareo: Rápida es la defensa, rápido el
golpe del dardo sobre el enemigo.
Hiperbio, tendremos una buena
batalla. Mañana abriremos tu
escuela otra vez.

Hiperbio: Así será.
En ella no aprenderán
nuestros hijos
los fúnebres himnos
de los vencidos.

Megareo: Mujeres, de mis labores del campo
tengo otro ejemplo.

Mientras ajustan mis armas, escucha:
el naranjo acepta su humilde oscuridad
muchos días, trabaja bajo tierra,
espera el fruto,
e irrumpe triunfante una mañana
en un triunfo amarillo.
Sin inquietud, esperó el tiempo.
puede en un instante perderse
sin embargo, apagar
su fulgor amarillo, morir.
Los hombres de Polinice,
con las manos inquietas, cortan
el ritmo medido de la espera,
amantes impacientes del desastre.
Nuestro tiempo es otro tiempo.
Sabremos fijarlo en nuevas leyes.
Esta noche se abre con ese noble afán.

Hiperbio: Les digo que es hermoso este momento

porque es triste y hermoso.
Por segunda vez edificaremos
la escuela, plantaremos el naranjo,
al defenderlos esta noche.

Lástenes: Mujer, aquí, ajusta la coraza. Hacen bien en cantar. Oye: cerca de la muerte estoy más vivo que antes. ¿No te asombras? Bulle la sangre en mi frente, hasta el vértigo casi. Miro las cosas de siempre, el ánfora en la casa, el verdor del olivo, y todo es igual, y sin embargo distinto.

IV: Joven Lástenes, escuchamos a Hiperbio y Megareo. Hay un espacio entre la vida y la muerte en que las cosas resplandecen, y sabemos entonces su valor. En él aprendemos a vivir en un instante, en una tarde, pero no habrá error después. ¿Te pesa la coraza? ¿Está bien? Déjame entonces, joven, un recuerdo.

Polionte: No podrá darte como yo un rizo de la barba. Toma, mujer. No te aflijas. Regresaré.

IV: Tebanos, ruego a los dioses por ustedes.

Polionte: Pronto comeremos un cordero en tu casa.

II: Con vino rojo y laurel.

III: Y cantaremos hasta la noche.

Melanipo: Lástenes llevará su cítara y Megareo la flauta. Dulces serán las voces al regreso.

Megareo: Perfúmate el cabello, mujer, y ponte para ese día una rosa y un ramo de mirto.

V: Verán de nuevo el huerto de manzanos, y el agua entre las ramas y la sombra.

Lástenes: Para ese momento guarda este broche. Espero vértelo al sen/ir el cordero.

IV: Tejeré una tela blanca y me haré un vestido.

Sobre mi hombro relucirá tu broche.

Melanipo: *Confía, mujer. No pesa tanto el escudo.*

Está firme la cinta de cuero.

*A veces uno escapa al golpe del dardo
en él, y vuelve a respirar el olor de su casa.*

I: *¿Quién es éste que pasa*

por la tercera puerta

y entra otra vez en la ciudad?

¿Quién es? ¿Dónde ha nacido?

Hiperbio: *Es Melanipo que vuelve victorioso
a su tierra de Tebas.*

Melanipo: *Y abraza a su amigo Hiperbio,*

*de sangre generosa, que combatió
sin temor a la muerte.*

(Se abrazan.)

El Coro: *Tebanos, los hombres que construyeron*

la ciudad, acarrearon las piedras

de sus muros, una a una, pacientes,

con las manos llagadas y los hombros

quemados; araron la tierra y sembraron

día y noche, cantando o silenciosos;

tiñeron las telas y labraron los metales;

curtieron la piel de esos escudos;

el bronce fundieron y hornearon el pan:

¡dejan ahora en vuestras manos su obra!

(Se divide.)

Primero: *Llegan los Espías, tebanos, y parecen*

traer alguna nueva del adversario.

Vienen de prisa, corriendo se acercan.

Segundo: *Aquí está Etéocles en persona.*

Apenas le deja su prisa

fijar los pies en el suelo.

Entran los Espías y Etéocles. Fuera, voces humanas reproducen los sonidos del ejército invasor. Empiezan con un rumor sordo y terminan en aullidos, creando un clima trágico, de funestos presagios. Cuando entran los Espías, las mujeres se desplazan, expectantes. Etéocles y los seis Adalides se mueven unidos.

Los Espías: *Todo hemos visto. Conocemos las disposiciones, qué puerta tocó en suerte a cada uno.*

El Coro hace los gestos del juego de dados. Agitan las manos, se las frotan, parecen tirar dados al suelo chasqueando la lengua.

Los Espías: *(Uno de los Espías habla y el otro realiza con su cuerpo imágenes.)*

*A Tideo la primera puerta, donde
vocifera amenazas, gritando
a sus hombres que no teman al combate
y la muerte.*

Está vestido de negro.

*Negras sus ropas, sus armas,
el penacho de su cabalgadura.*

*Sus adornos metálicos suenan
con ruido aterrador.*

En su escudo lleva este arrogante emblema:

*un cielo nocturno,
atravesado por un relámpago.*

El Coro: *Esa noche nos amenaza,
quiere apagar nuestros ojos
y el resplandor del día.*

Los Espías: *Allí está, oscuro, envanecido,
llamando impaciente al combate.*

¿Quién le opondrás?

¿Quién será capaz de hacerle frente?

Etéocles: *Adelántate, Melanipo. Ocúpate de ese insensato.*

¿Temes al poderío de sus armas?

Melanipo: Los penachos no muerden ni los adornos sonoros.

Los emblemas arrogantes no causan heridas.

Etéocles: En cuanto a esa noche que nos has descrito,

en cuanto a esas negras ropas que lleva,

podrían ser acaso la profecía de su destino.

Si cae sobre sus ojos la noche de la muerte,

habrán sido esas cosas el augurio mejor.

¡Bien, Melanipo! La noche lo cubra, ya que lo pide.

El Coro: Valeroso hijo de Tebas, que tu lanza no tiemble.

Melanipo: No temblará.

El Coro: El dios de la guerra jugará a los dados la victoria.

Etéocles: Pero tú sabrás oponer tu brazo a la derrota.

No importa que ella te busque, si tú no la recuerdas.

El Coro: Valeroso hijo de Tebas, que tu lanza no tiemble.

Melanipo: No temblará.

Los Espías: (Ahora el otro Espía es el que habla.)

Por la puerta segunda,

Hipomedonte de Micenas,

de estatura desaforada,

sediento de poder, viene

contra nosotros dando

alaridos. En sus hábiles

manos de dueño de tierras,

vigilar el disco enorme

de su escudo, echando

reflejos de fuego, y me

sentí estremecer. No haré

bien en negarlo. Sólo

los aullidos de guerra

de Hipomedonte llamando

arreatado a la batalla,

lograron que apartara los ojos

de esa hipnótica imagen.

Oigo su voz, quisiera

describir sus gritos, el
sonido rajado de su garganta.
Grito como él, chillo,
amenazo, amenaza despojar
a Tebas de sus tierras
y esclavizar a sus hombres
a mis ansias de posesión.
La tierra delante de mí,
mía al fin, hasta donde
mi vista poderosa abarca.
Sueño con ella, la palpo,
a besarla me inclino, ardo,
deseo acostarme de espaldas
sobre su dulce dureza, girar,
revolcarme, golpear mi frente,
comerla a puñados, sabiendo
que es mía, mía tan sólo,
y cruzarla en mi carro veloz
mientras todos se quitan
los cascos y me saludan
y me llaman: «Señor», «Señor»,
con voces trémulas y sumisas.

El Coro: Noble Etéocles, guárdanos
de este horror que entrar
intenta por la segunda puerta.

Etéocles: ¡Escojo a Hiperbio para oponerlo a ese ambicioso!

El Coro: Conoces a los hombres. Nadie
como Hiperbio, firme y reposado,
para vencer la codicia.
Con razón lo designas.

Etéocles: Nada que tachar en su porte, en su valor,
en el arreo y solidez de sus armas.

Hiperbio: ¡Vamos, Melanipo! Nuestras puertas están cerca.

Etéocles: Ya desea probar su destreza en el combate.

*¡Excelente Hiperbio!: Tienes el don
de construir escuelas y saber defenderlas.*

(Salen.)

Espía I: *(Arrebatando una antorcha.)*

*«Ciudad, maldita por el odio de los hermanos,
te haré cenizas. Sólo el fuego te purificará.
Arderás entera en un gran incendio, y entonces
podremos entrar sin mancharnos.*

*Mira en mi escudo un hombre armado con una tea
llameante. Está desnudo y es implacable. Lee lo que dice
en letras de oro: Yo incendiaré a Tebas.»*

Etéocles: *(De repente se estremece sobresaltado.)*

¿Quién es? ¡No temas! Di su nombre.

Espía I: *Capaneo.*

Etéocles: *¡Ah!*

(Se lleva el puño a la frente, se pone de espaldas.)

¡Descríbelo!

Espía II: *Es un guerrero alto, pálido, sin barba.*

Sus ojos irradian un brillo inhumano.

Nada le ata a la tierra: *ni familia, ni amigos.*

Está enfermo de suspicacia. Desconfía.

Desconfía de todo. Ama tan sólo la pureza.

El Coro: *¡Lamentable enemigo! Pelea por otras razones.*

No busca la venganza, el botín, las vírgenes.

Quemará una ciudad solamente por una falta.

No nos gusta ese negador de la vida.

Etéocles: *(Se vuelve.)*

*Pero Capaneo se equivoca. La pureza no reina
por el hierro. Si devasta la ciudad, él será
impuro, y más culpable que mi hermano Polinice.*

*Añadirá un crimen a otro crimen. Recorrerá
una ciudad humeante, después apagada, después fría,
sin hallar la pureza. Su mano estará negra
y su carro cubierto de ceniza. ¡Oh vano pensamiento!*

*Sabr  que su tea llameante corrompió su designio.
 Acaso el odio de mi hermano Polinice mancha
las puertas, ciega, pudre el agua, un velo pone
al sol radiante?  Destruye el amor de tu hijo,
aniquila la fuerza de tu cuerpo, tu cara marca?*

Los Espías: * Pero quién lo detendr  sin flaquear?*

Etéocles: * Polionte!*

(Polionte se adelanta. Etéocles retoma su tono de réplica burlona.)

* Recuerdas su emblema?  Viste pues
a ese hombre desnudo con las ropas
de su dueño! Su propia carne vencida
apagará su antorcha. Parte sin miedo.
(Apaga la antorcha con el pie.)*

Polionte: *(Al salir.)*

Mujer, ve preparando el cordero.

El Coro: * Perezca quien divide a los hombres
en puros e impuros! Y orgulloso de
su pureza derrama sangre, invade
la ciudad e inicia la persecución.*

Los Espías: *(Comparten el texto y la expresión física.)*

* Nadie me arrojó de esta torre ,
escribió Ecleo en su divisa, donde
sube un soldado con firmeza
por una escala apoyada en el muro de Tebas.
Ecleo grita la advertencia
de su emblema soberbio sin cesar:
 Nadie me arrojó de esta torre .
Las venas de su cuello se dilatan
y su cara furiosa se contrae.
Ondea al viento su cabellera
libre, sin casco, espesa, agresiva.
Fustiga a las yeguas de su carro,
las llama, las increpa haciéndolas
girar exacerbadas bajo el yugo.*

*Las riendas silban con áspero ruido,
resuellan las bestias impacientes.*

Etéocles: *¡Ya envié a Megareo! Adornará su casa
con el soldado, y la escala, y la torre.
Sus manos no ostentan pomposos alardes,
y no retrocederá ante el clamor de unas yeguas.
Su lanza irá al pecho de Ecleo
(Hace la acción.)
y las yeguas se dispersarán.*

El Coro: *Esas yeguas girando en el mismo lugar,
exacerbadas, inútiles, presagian el tormento
que Ecleo ha soñado para nosotros.
Toda Tebas uncida a una rueda que nunca
se detiene, despojada y estéril, oyendo
resonar sin tregua las lenguas del odio.*

Espía I: *Allí está Anfiarao, apostado frente a la quinta puerta,
hermoso y solitario, de pie en su carro.*

Espía II: *Nada dice. No profiere amenazas ni se jacta.*

Espía I: *Está en silencio. Su mirada es sabia y melancólica.*

Etéocles: *¿Qué hace este hombre junto a los otros?*

Espía I: *No pelea por nada ni por nadie.
Nada espera. Sólo la embriaguez de la lucha.
Adivino de su propio fin, sabe
que abonará este suelo con sus despojos.*

Espía II: Pero no puede evitarlo: *vive entregándose a la muerte.*

Espía I: *La busca, la propicia, anhela el rumor de su paso.*

Espía II: *En su escudo, bien forjado, no reluce
emblema, ni señal, ni leyenda.
Avanza con un escudo vacío.*

Espía I: *Escoge para este hombre un adversario
valeroso y diestro. Es temible el que conoce su destino.*

Etéocles: *No admiro a ese hombre. Me es extraño.
Se ocupa demasiado de sí mismo. No es justo
suicidarse utilizando la muerte de los demás.*

*El se busca en su propio fin,
pero tiene que atravesar cuerpos ajenos,
dejarlos inertes, para encontrarse.
Es un espejo demasiado costoso.
Le pondremos delante el escudo reluciente
de Lástenes: Podrá mirarse mientras agoniza.
Sale Lástenes.*

El Coro: *Hasta pronto, joven Lástenes.*

*Tu ojo es certero, tu mano rápida.
Aquí aguardamos tu regreso
y los trofeos de la victoria.*

Espía II: *(Arrebata una lanza, la levanta con los brazos abiertos.*

Circula. Aúlla.)

Amo este ástil de madera, esta punta de hierro.

Es mi brazo, mi patria, mi ojo, mi padre.

*Vibra, relampaguea, azota el aire
metal venerado, frío y penetrante.*

(El Coro se divide.)

Primero: *Resuenan los ayes de los moribundos.*

*Hay hombres en las puertas de las casas,
pudriéndose, pudriéndose. Una cabeza
cuelga de una ventana, dilatados los ojos.*

Segundo: *Arrastradas por los cabellos, rasgados*

*los vestidos por manos crueles,
seremos violadas contra la pared, bajo
los olivares, en el fondo de una cocina,
delante de nuestros hijos aterrados.*

Espía II: *No tendrás piedad, sordo*

*a lamentos, a súplicas,
al chasquido de la sangre vertida.*

Primero: *Oh vagido de los recién nacidos*

expirando en el pecho materno.

Espía II: *Penetra, corta, raja, llama fría.*

No conoces otra emoción ni otra dicha.

Segundo: *¿A quién me llevas? ¿De quién seré esclava?*

Negros velos cubrirán mi rapada cabeza.

Adiós por última vez, lugares amados.

Espía II: *Para ti no hay otra cosa que el temblor*

en el aire, el silbido del vuelo

que busca el cuello, el pecho, la espalda

y abre las puertas a la muerte.

Giro contigo, revivo, aliento lejos

de la delicadeza y la ternura,

¡Dolor humano, no te reconozco!

Primero: *Cantaremos las hazañas enemigas*

por la fuerza.

Segundo: *Trabajaremos la tierra de otro*

por la fuerza.

Primero: *Aprenderemos a olvidar y callar*

por la fuerza.

Espía II: *Bocas desgajadas a mi paso,*

pestañas húmedas, estertor último, ¡los adoro!

No sé quiénes eran ni cómo se llamaban.

Pero la barca de la muerte no pregunta,

te lleva sin lengua y sin nombre.

Mi punta afilada las amarras corta.

Primero: *Alza el pie, sonrío, inclínate, saluda.*

Danza en la fiesta del vencedor.

Segundo: *Alza el pie, sonrío, inclínate, saluda.*

Entona alegres canciones de obediencia.

Espía II: *(Golpea con la lanza en un escudo.)*

¡Yo, Partenópeo, juro arrasar la ciudad!

Etéocles: *¡Que ese asesino no entre, Héctor!*

Escucha la descripción de su escudo

y aniquila a esa alimaña. El aire

será más transparente con su silencio.

Espía II: *Ancho y dorado escudo defiende*

todo su cuerpo. En el centro,
con clavos esplendentes, lleva
un ave de rapiña carnífera,
con las garras abiertas.

Etéocles: Hagan tus dardos que Partenópeo oiga
los aullidos dolorosos del monstruo
que lo cubre. ¡Que el ave se vuelva
contra su dueño y lo devore!

Háctor: Corazón, mi corazón, si te confunde el laberinto
de las armas, los alaridos, el golpe de los dardos,
levántate y resiste. Ofrece al adversario un pecho
firme. No te alegre el éxito demasiado si vences.
Regresa simple. Uno no vale más que por ese instante
en que decide, un poco aturdido, morir por los otros.

El Coro: Ya has visto, Háctor, los males de una ciudad conquistada.
Sal y pelea. Si tu mano nos devuelve la paz,
trabajaremos. Renacerá la primavera después de esta noche.
La tierra es inquebrantable y perenne.
Sus dones tendremos mañana. Sal y pelea.
Retorna con la tranquila luz del héroe.

Háctor entrega a las mujeres una cinta como recuerdo. Se va. Quedan los
Espías y el Coro. El ruido de la guerra acaba de pronto.

Etéocles: ¿Qué ocurre? ¿Por qué callan?

Los Espías: Debemos partir. ¿No escuchas?

Etéocles: Se han detenido. No oigo los carros.

Los Espías: Iremos en busca de noticias.

Etéocles: ¡Un momento! Alguien falta.

Espía II: ¿Es necesario que lo digamos?

Espía I: ¿Debemos también nombrarlo y describirlo?

Etéocles: Así es.

Los Espías: Tú lo sabes, Etéocles.

Etéocles: ¿Me tienen lástima?

Los Espías: No. Pero tememos al destino.

Etéocles: ¿Quieres ahorrarme un sufrimiento?

Espía II: No. Eres igual a los demás.

Etéocles: Así es. Así debe ser. ¡Dilo entonces!

Espía I: ¡En la séptima puerta está tu propio hermano!

Etéocles: ¡Al fin la fatalidad me pega en los ojos!

En vano quise ignorarla. Creí por un momento
que la acción de la guerra dilataría su llegada.
Pero está aquí. Viene en la rueda de los carros,
los dardos la empujan. Llega del brazo de mi hermano.

¿Qué culpa hallaste en mí, qué maldad interior
para que no me dejes, para que no me olvides
y al fin te cumplas, despiadada?

¡Raza mía enloquecida, sin sosiego, aquí estoy!

Pero no es ocasión de gemir. No tengo derecho.

Termina. Dilo que sabes. Este silencio

les es propicio, tristemente propicio.

Luego irán en busca de noticias.

Los Espías: No hay imprecación que tu hermano pronuncie,
no hay maldición, amenaza o desdicha
que no te toque y te nombre.

Arrebatada es su voz. Invoca
a los dioses de sus padres y anima
a sus hombres, para precipitar
la muerte entre nosotros.

Su escudo, de hermosa hechura,

recién forjado, tiene esculpido

este símbolo doble:

una mujer conduce a un guerrero

revestido de armadura dorada, y señala:

«Soy el Derecho. Devolveré su patria

a Polinice, y la herencia de su padre».

El relato es exacto. Corresponde

a ti ahora designar el adversario de tu hermano.

Tú riges la ciudad.

(Salen.)

El Coro: *¡Qué silencio! ¡Qué horrible silencio!*

*Estábamos preparadas para la guerra
y de pronto el silencio como un espacio
blanco y desierto. Presentimientos
brotan y saltan en él y se combaten.*

¿Qué ocurrirá? ¡Alguien se acerca!

(Aparece Polinice en el fondo, solo, sin armas.)

¡Es Polinice!

(Pasándose el nombre de una en otra.)

¡Polinice! ¡Polinice! ¡Polinice!

Polinice: *Te ofrezco una tregua, Etéocles.*

Vengo a hablar contigo.

Etéocles: *(Luego de un silencio.)*

Entra. ¿Qué quieres?

Polinice: *¡Me extraña esa pregunta! He detenido
mi ejército a las puertas de la ciudad*

¿y me preguntas lo que quiero?

Etéocles: *Para desdicha de Tebas hemos oído*

*el estruendo de tu ejército. Vemos,
yo y estas mujeres, relucir tus armas
bien forjadas y la leyenda arrogante
de tu escudo. Te has entregado
a otras gentes, Polinice,
y con ellos vienes a tu tierra natal.*

*Eres un extraño y por eso te pregunto
lo que quieres. No reconozco tu voz,
he olvidado el brillo de tus ojos.*

Polinice: *El temblor de tu voz te desmiente.*

*Pero no importa. Sé que debes fingir
delante de estas mujeres. En eso eres
un buen gobernante. Usas la máscara
que los demás esperan y en el momento preciso.*

*Pero no importa. Me basta con que veas
el resplandor de mis armas.*

Etéocles: *No sé si antes me tembló la voz, pero
ahora me tiembla de asco y de sagrado furor.
Eres el mismo de siempre. Por eso
te acompañan esos hombres y alzas
esos escudos. Te conocemos, Polinice.
Te conocemos tanto que hemos empezado a olvidarte.
Dilo que quieres. Dilo que pretendes
con esta tregua mentirosa.*

Polinice: *Tus alardes no me asombran, Etéocles.
Aparentas estar seguro. Eres el héroe
que al pueblo salva gesticulando con firmeza.
No es la primera vez. Hubo una noche
en que estabas tan seguro como ahora.
sin embargo, he ahí un ejército
que me sigue, que me llama su jefe
y mis órdenes cumple. Nunca pensaste
que tu hermano regresaría a su ciudad
al frente, rodeado de una hueste fiel y poderosa.
Despierta, Etéocles. Empieza tu fin.
Nadie, sólo un loco, se sentiría
seguro frente a un ejército como el mío.
Nada conseguirás con un pueblo descalzo
que empuña viejas lanzas y escudos podridos.
Entrégame la ciudad y te salvaré
de la humillación de una derrota.*

Etéocles: *Ahora sé lo que quieres. Estas mujeres
y yo lo sabemos.*

Polinice: *No las mezcles en esto. Ellas
no gobiernan la ciudad.*

Etéocles: *Ellas también son la ciudad.
Cuento con ellas y las quiero de testigos.
Nada tengo que ocultar, Polinice.*

*Esta noche acaba al fin todas las distinciones.
Tu tregua nos enseña a conocernos
y a afirmar nuestra causa.
Es tu ejército quien nos une,
es tu crueldad la que nos salva.
Somos un pueblo descalzo, somos
un pueblo de locos, pero no rendiremos
la ciudad.*

Tebas ya no es la misma:

*nuestra locura
algo funda en el mundo.*

Polinice: *¡No destruirás mi ejército con palabras!*

*Te ofrezco una salida. Abandona
el gobierno y parte en silencio.*

Yo explicaré al pueblo tus razones.

Etéocles: *¡Basta, Polinice! Nada puedes ofrecer*

*a Tebas que a Tebas interese. Hemos
escuchado la descripción de tu ejército.*

*Sabemos por qué vienen y la ambición
que los une. ¡No les entregaremos la ciudad!*

Polinice: *Entonces habrá sangre. ¡Tuya*

es la culpa!

Etéocles: *¿Armé yo tu ejército?*

Polinice: *No eres ¡nocente, Etéocles.*

Si ese ejército está ahí, es por tu culpa.

Si se derrama sangre, es por tu culpa.

Etéocles: *Es pronta tu lengua, con facilidad argumentas.*

¡Eres un buen retórico!

Polinice: *Tuvimos el mismo maestro. ¿No lo recuerdas?*

Etéocles: *Recuerdo que vivíamos en la misma casa.*

*Recuerdo que comíamos juntos,
y juntos salíamos a cazar. Recuerdo
que un día, tu venablo más diestro,
me salvó de la muerte.*

Nos abrazamos jadeantes,
mientras el jabalí agonizaba
en la yerba, chorreando sangre por el vientre.
Murió en un asqueroso pataleo.
Regresamos a casa, y a todos lo conté.
La luz era distinta aquel día,
la vida me importaba más.
Yo amé tu brazo mucho tiempo.
Lo observaba despacio, con cuidado y fervor.
¿Qué otra cosa recuerdo?
Recuerdo que has armado un ejército enemigo
para destruir esa casa, para arrasar
esta ciudad, alzando
el mismo brazo de aquel día.

Polinice: ¡Hábil Etéocles! Sabes
buscar razones dulzonas.
En aquel momento salvé a mi hermano,
ahora vengo contra mi enemigo.
Mi brazo es el mismo,
pero tú no eres la misma persona.
Quien olvida, se hace otro.
Se hace otro quien traiciona.

Sin embargo, no es fácil:
los días siguen a los días,
y nada es impune. No podrás
ocultar tu culpa en la tierra.
Yo he regresado para recordártela.
Yo también recuerdo. Recuerdo
el pacto que hicimos hace tres años,
y recuerdo que no lo cumpliste.
Pacté contigo gobernar un año
cada uno, compartir el mando
del ejército y la casa paterna.
Juraste cumplirlo. Y has violado

el juramento y tu promesa.
Solo gobiernas, solo decides,
solo habitas la casa de mi padre.
¿No lo recuerdas?

Etéocles: ¿Y es a éstos a quienes encomendaste
recordármelo? ¿Es con el sonido
de sus armas, con los aullidos de sus bocas
con lo que debo recordarlo?

Polinice: ¡Ellos me ayudarán a restaurar mi derecho!

Etéocles: ¿Te ayudará Capaneo con su tea incendiaria?
¿Te ayudará Partenópeo derramando la sangre
de tus hermanos con su lanza sedienta?
¿Te ayudará Hipomedonte robándole sus tierras?
Te ayudan asesinos, Polinice. Reclamas
tu derecho con las manos ensangrentadas
de una turba de ambiciosos.

Polinice: ¡Crees que todo el que se te opone es un asesino!
¡Crees que todo el que se te opone es un ambicioso!
¡Tú saqueaste mi casa y profanaste un juramento!
¡Tú detentas un poder que no te pertenece del todo!
¿Qué dijiste en Tebas para ocultar tu traición?

Etéocles: Rectifiqué los errores de tu gobierno,
repartí el pan, me acerqué a los pobres.
Sí, es cierto, saqueé nuestra casa.
Nada podrás encontrar en ella. Repartí
nuestros bienes, repartí nuestra herencia,
hasta los últimos objetos, las ánforas,
las telas, las pieles, el trigo, las cucharas.
Está vacía nuestra casa, y no alcanzó
sin embargo para todos.
Sí, es cierto, profané un juramento.
Pero no me importa. Acepto esa impureza,
pero no la injusticia.

Polinice: No te perdonaré. No saqueaste mi casa

para ti, sino para los otros.
Mis cosas están en manos ajenas.
Desprecio tu orden y tu justicia.
Es un orden construido sobre el desorden.
Una justicia asentada sobre una injusticia.

Etéocles: Así ha tenido que ser, Polinice.

Detesto todo afán de absoluto. Yo obro
en el mundo, entre los hombres.
Si es necesario, sabré mancharme las manos.
Para ser justos es necesario ser injustos un momento.

Polinice: Para ti la justicia se llama Etéocles.

Etéocles la patria y el bien.
Me opongo a esa justicia, lucho
contra esa patria que me despoja y me olvida.
La noche en que te negaste, lleno de soberbia,
a compartir el poder conmigo, destruyendo
nuestro acuerdo, lo está contaminando todo.

Etéocles: Esa noche ha quedado atrás.

No volverá. Si fui injusto contigo,
he sido justo con los demás.
No acepto tu pureza, Polinice.
Está contaminada
por los hombres que te secundan.

Polinice: ¿Conoces tú el destierro, Etéocles?

Etéocles: ¿Conozco a los que se merecen el destierro!

Polinice: ¡Me odias!

Etéocles: ¡Tú odias a tu patria!

Polinice: Contra mi voluntad

hago la guerra,
¡Los dioses son testigos!

Etéocles: ¡Los tebanos son testigos de la furia de tu ejército!

Polinice: ¡Eres un sacrilego!

Etéocles: Pero no un enemigo de los hombres.

Polinice: ¡Eres el enemigo de tu hermano!

Etéocles: ¡Mi hermano es enemigo de Tebas!

Polinice: ¿Qué has dicho en Tebas de mi destierro?

¿Cómo explicaste esa orden injusta?

Etéocles: Les recordé los males de tu gobierno.

Les recordé tus promesas sin cumplir,

la desilusión de los últimos meses.

Eres incapaz de gobernar con justicia.

Te obsesiona el poder, pero no sabes

labrar la dicha y la grandeza de Tebas.

Polinice: Sólo tú sabes, Etéocles. Sólo tú sabes.

Tú decides lo que está bien o mal.

Repartes la justicia, mides el valor de los hombres.

¡Sólo tú eres libre en Tebas!

Etéocles: Pero el pueblo está en las murallas.

Pero el pueblo está dispuesto a tirar contra tu ejército.

Nadie te espera. Estás solo, Polinice.

No hay tebanos contigo.

Nadie ha venido a recibirte.

Polinice: ¡Eres un hombre obstinado y soberbio!

Ves tu persona en todas partes. Eres la ciudad.

Tu cabeza es Tebas y Tebas es tu cabeza.

¡Venga, pues, el fuego, venga el acero!

Ninguno de los dos renunciará a lo suyo

ni lo compartirá con el otro.

Etéocles: ¡Sal de aquí! ¿Ves mi mano?

Polinice: Veo que llevas mi espada.

Etéocles: Ahora es la espada de Tebas.

¡Sal de aquí!

Polinice: No volveré al destierro, Etéocles.

O entro en la ciudad victorioso

o moriré luchando a sus puertas.

Etéocles: ¡Morirás!.

Polinice: ¡Sírvanme los dioses de testigos

y la tierra que me crió!

*Si algún mal te sobreviene, ciudad,
no me acuses, sino a éste.
Suya será la culpa.*

Recordad los males del destierro:

*vagar por lugares extraños, escribir
y esperar cartas, mientras rostros,
nombres, columnas se deshacen en la memoria.
Aquí está todo lo que soy y lo que amo.
Contra mi voluntad hago la guerra.
Contra mi voluntad me desterraron.*

Etéocles, me repugna cuanto tú representas:

el poder infalible y la mano de hierro.

Etéocles: ¡No se pondrá la justicia de tu parte!

Tu causa necesita de la sangre y la lanza.

Por ti están cerrados los talleres,

albañiles, sastres, alfareros

se entregan al furor de la guerra

contra su voluntad.

Vaga el ganado por el campo,

las cosechas se pierden podridas.

¿Es esto, Polinice, restaurar el derecho?

(Sale Polinice.)

Pronto sabremos de qué sirve tu emblema.

En algo tengo confianza: *la obra de todos*

no será destruida por un hombre solo.

Yo iré a encontrarme con él, yo mismo.

Hermano contra hermano, enemigo

contra enemigo. Ya no podemos

comprendernos. ¡Decida la muerte

en la séptima puerta!

El Coro: *Oh tú, que tan querido me eres, la muerte*

abre la séptima puerta buscándote. Pregunta

por ti, dice tu nombre, marcha a tu encuentro.

Etéocles: *¡Si esto pudiera detenerse! Pero ya no es posible.*

Todo ha ido demasiado lejos. Ha ¡do donde
quise que fuera. No rehuiré que la muerte
me encuentre: mi mano busca la suya.

El Coro: Te estrechas a ti mismo, Etéocles. Tu mano
en el aire tu otra mano encuentra.

¡Serás, como él, víctima de la soberbia!
La soberbia reina en un cuarto oscuro,
con un espejo donde se contempla para siempre.
Aparta ese espejo. Recuerda
que hay otros hombres en el mundo.

Etéocles: El viento sopla con furor esta noche.
Innumerables, despiadados astros, silenciosos
espectadores del sagrado furor de la justicia,
no los saludo. Repudio vuestra complicidad
o vuestra ausencia. Me vuelvo hacia ustedes, mujeres:
esos ojos humanos, apasionados, mortales,
podrán aprobar o repudiar este espectáculo:
un hermano avanzando contra su hermano:
pero no podrá nunca serles indiferente.
Ya las cosas no me acompañan, sino los hombres.
Para ellos es mi acto, para ellos el fin.

El Coro: El fragor de la batalla enajena tu espíritu.
¡No viertas la sangre de tu hermano!
Conserva tus manos puras, tu razón y tu prudencia.

Etéocles: ¿Por qué halagar todavía al destino para que demore?
Ahora sé que no es cruel, ni despiadado, ni violento.

Trae en sus brazos la parte de mí mismo que me falta:
la que exige Tebas, mi padre, yo mismo.
La exigen ustedes acaso sin saberlo.
Todo lo que fui desde la infancia
preparaba este instante. El círculo
va a cerrarse. La esfera se completa.

El Coro: Oh Etéocles, que tan querido me eres, nos toca
asistir a una despedida que no podemos comprender.

*Has sostenido la ciudad, organizado la defensa
alentado a nuestros guerreros y a nosotros,
sin ocuparte de ti ni de tus vínculos de sangre,
señalando lo justo, lo que debe hacerse, y su tiempo.
Los tebanos están en las murallas y te esperan.
Pero no esperan que te enfrentes a tu hermano.
¿Por qué buscar a Polinice, por qué mezclar tu sangre
con su sangre, manchando la ciudad y tu misión?*

Etéocles: *Sé ahora, mujeres, que no es mi hermano
lo que importa. No avanzo contra él,
—no veré la sombra de su barba naciente,
el rictus orgulloso de sus labios que
recuerda a mi padre-, sino contra mí mismo:
contra esa parte de Etéocles que se llama Polinice.
Estoy calmado y frío. No siento amor ni odio.
Tengo los ojos secos y sin lágrimas.
Dulce sería dormir
y pasear sin temor,
en calma gobernar la ciudad,
alegrarnos con la música y las estatuas,
con las cosechas y las fiestas campestres.
Pero los tebanos están en las murallas
y no tengo derecho a cuidarme
para un tiempo mejor.
¡Este es el tiempo mejor!
La defensa de la ciudad nos une
en un bien más grande y común.
No cuidaré mi vida.
Mi vida se realiza esta noche.*

Polinice nos despierta con una luz atroz:
*implantar la justicia es un hecho áspero
y triste, acarrea la crueldad y la violencia.
Pero es necesario. Esta es la última
claridad que alcanzo en esta noche última.*

Recuérdeno: es necesario.

*En esas manos frágiles dejo
esta certeza.*

La paz vendrá después, aplacado el furor.

Recuérdeno: es necesario.

*De algún modo detendremos la injusticia
en el mundo: de un golpe, de una patada,
de un alarido.*

¡Adiós, mujeres!

(Sale.)

El Coro: (Con voces alternadas.)

¿Qué es esto que sentimos?

Tiene un nombre. ¡Dilo!

¿Qué es esto que inunda

mis arterias, el latido

de mi corazón, comprime

la garganta y los pies,

y resuena en la espalda

como si abriera un hueco?

Tiene un nombre, ¡Dilo!

En vano invoco la razón,

oculto su presencia en vano.

Tiene un nombre. ¡Dilo!

¡Terror! ¡Terror! ¡Terror!

Abres todas las puertas,

entras y sales por los poros,

nos mantienes despiertos

y nos duermes de pronto.

¡Terror! ¡Terror! ¡Terror!

Gira en todo lo posible,

se contradice, llama,

nos oye y nos olvida.

Muestra sus dientes, toca

con su mano de sombra,

levanta el hacha, tira
la lanza, los tormentos
inicia en nuestra frente,
¡Terror! ¡Terror! ¡Terror!
Los ojos cierro para no
verte, y eres tú quien
los cierras y lates bajo
los párpados apretados.
Pasan torturas imaginadas,
una ciudad ruinoso, hermanos
que en una torre se degüellan.
¡Terror! ¡Terror! ¡Terror!
Márchate. Márchate. Déjame
suelta la voz. Yo no soy
quien grita, gime, muerde,
sino tú, animal de mi frente,
que el sueño barres
con mis cabellos erizados.
¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!
Saltas sobre mi pecho,
pateas, me dejas sin resuello,
esclava y libre a la vez.
(El Coro se divide.)

Primero: La muerte esta noche deja oír
su voz. Chilla el infortunio,
vaticina una sentencia irrevocable.
¡Pobre voluntad luchando en la sombra!

Segundo: Están en un juego que ya se ha jugado,
dados que ruedan hace tiempo
en una mesa de otra casa y otro dueño,
i. Pobre voluntad luchando en la sombra!

El Coro: Dispuesta la arena, las lanzas erguidas,
tensas las riendas, la mirada fija en el otro,
sopla la destrucción en sus pechos,

ruina, ojos cegados
por una sola emoción, por una ¡dea sola,
por un espejo donde asoman sus caras sin calma.
Hermanos que con sus propias uñas se desgarran
y cargan contra sí mismos alucinados.
(El Coro se divide.)

Primero: ¿Quién vencerá? ¿Quién va a perder?

Segundo: ¿Qué cuerpo atravesado caerá en tierra?

El Coro: (Con voces alternadas.)

¡Echa tu suerte, hierro, esta noche!
Fulgura, árbitro ciego de nuestro futuro.
O entra Etéocles o Polinice entra.
Escoge, hierro, pendemos de tu filo.

Ignoras nuestro deseo y nuestra causa:

brillas sólo al fuego de las antorchas.
¡Echa tu suerte, hierro, esta noche!
Señala quién ocupará la silenciosa tierra
al apagar tu fulgor en su carne.

Nada te importa: sólo vibras al aire.

Eres energía, acero, puño, azar.
¿A quién condenas, a quién absuelves?
¿De quién la muerte quiere su sangre
respirar, dispersa y condenada?
Sangre cuajada y negra, sangre
del fratricidio, ¿quién lavará tu huella
y vestirá su cuerpo?
¿Quién ofrecerá en su nombre
un sacrificio de expiación?
Detrás de esta desdicha, hermanas,
¿cuál vendrá?
¿Qué dejará el infortunio sobre Tebas?
¡Abrete y muestra tu seno tenebroso!
Enséñanos con la evidencia a resistir.
(Otra vez comienza el estruendo del asedio.)

*Amigas, empieza la batalla.
Las lanzas se alzan, corren los carros,
la muerte su pabellón despliega.
¡Qué larga expiación!
¿Pero dónde está la culpa? ¿Cuál es?
No quisimos otra cosa que vivir,
habitar la tierra y repartir el pan,
y engendramos el odio y la venganza,
los ojos resentidos, los labios del rencor,
los emblemas y escudos y dardos sonando,
i. Cómo anochece sobre la ciudad!
Manos voraces sueltan la sombra.
Oleadas oscuras despiden sus dedos,
arroja el rencor su negra baba.
Manos sombrías nos buscan, manos
detrás del botín, cuerpos que sueñan
reinar sobre los hombres.
Ah locura, cuándo terminará tu aguijón.*

*(Empuñan las armas y empieza la danza. No habrá otra música que el
sonido creciente de la guerra, y de cuando en cuando el entrechocar de las
armas que realizan con la boca.)*

*¿Qué esposo perdimos, qué hermano, qué amigo?
¿Cuál de nuestros hijos regresará?
De pie en cada morada, con labios
sin paciencia, con rabioso dolor,
esperamos. Nos acosan los rostros
que partieron, el destello de los dientes,
los pasos rápidos, la puerta que cierra
la despedida y desvanece las espaldas.
de pronto esa puerta se abre
y nos devuelven cenizas y armaduras.
Todo lo cambiamos por la muerte.*

Ah locura, cuándo terminará tu aguijón.

I: Amigas, yo sé lo que se pierde en la guerra.

IV: Amigas, yo sé lo que se pierde en la guerra.

III: Cuando volvieron

los barcos de la guerra de Troya,

IV: de la guerra de Africa,

I: de la guerra de Asia,

II: salí muy temprano de casa

para recibirá mi hijo.

V: Llegué al mar.

III: Allí estaba la flota, recogidas

las velas, inmóviles

los remos sobre el agua.

I: Oí risas, lamentos, órdenes,

y pasaron grandes cofres de oro.

IV: Estuve horas en el puerto,

afiebrada por el aire marino.

V: Ya era de noche cuando todos

los barcos quedaron vacíos,

y mi hijo no había bajado.

I: Y mi hijo no había bajado.

II: El hijo que me costó tanto

tiempo criar.

IV: Como un arbolito del campo,

como una oveja,

III: como todo cuanto vale en la vida,

V: creció lentamente,

I: y murió sin embargo

de un golpe solo.

IV: Lo busqué en todas partes,

llamándolo, llamándolo.

III: Regresé a pie desde el mar.

V: Corría llamándolo, llamándolo.

II: Ay, me sentí culpable, amigas.

I: Yo lo dejé partir.

IV: Yo lo dejé partir.

III: Y ahora,

si de pronto volviera de la muerte,

V: no tendría

el valor de mirarlo a la cara.

I: Amigas, yo sé lo que se pierde en la guerra.

El Coro: *Lanza contra lanza.*

Escudo contra escudo.

¿Qué pasará afuera?

¿Quién vence?

¿Quién pierde?

Pronto llegarán los Espías.

Polionte contra Capaneo.

Lástenes contra Anfiarao.

Penachos ensangrentados.

Caballos muertos.

Dardos que vuelan y ciegan.

Háctor, Partenópeo.

Nombres, cuerpos que se derrumban.

¿Qué pasará afuera?

¿Quién vencerá?

Te busco Hipodemonte, te encuentro.

Melanipo, Melanipo, derrota a Tideo.

Nadie me arrojará de esta torre.

Adelante, hermanas, adelante.

No retrocedas Ecleo: *tuya es la muerte.*

Que la danza propicie la victoria.

Cabezas aplastadas.

Atrás, atrás la destrucción.

Nuestra alegría viene con la victoria.

¡Adelante!

¡Entran los Espías!

La danza termina bruscamente. El ruido de la guerra se ha ido apagando.

Espía I: Tebanas, buen ánimo:

*se cumplieron los votos.
¡La ciudad está salvada!*

Espía II: En tierra cayeron

*las amenazas
de esos hombres arrogantes.
Tebas entra ya en calma.*

Espía I: ¡En pie las torres,

*íntegras las almenas,
las puertas firmes!*

Espía II: Supimos colocar hombres

capaces de defenderlas.

Espía I: Pronto regresarán, mujeres.

*La victoria los devuelve.
Pronunciemos sus nombres.*

El Coro: Lástenes y Melanipo.

Espía I: Háctor y Polionte.

Espía II: Hiperbio y Megareo.

El Coro: ¡Nombres de nuestra sangre!

Los Espías: ¡Nombres de Tebas!

El Coro: ¡Nombres de nuestros hijos!

*Hablamos de seis puertas.
Hablamos de seis hombres.
¿Qué pasa con el séptimo?*

Espía II: En las seis puertas

fuimos vencedores.

El Coro: ¿Qué dices?

¿Qué quieres decir?

Espía I: La destrucción

*en la séptima puerta
se reservó la victoria.*

El Coro: ¿Qué desgracia

se abate sobre la ciudad?

Espía II: *La ciudad está a salvo.*

El Coro: *Pero los hermanos...*

¡Qué! ¿Quién?

i. Me espantas!

Espía I: *Recobra*

tu ánimo y escucha.

El Coro: *¡Ay desdichada!*

Adivino ese mal.

¿Quién de los dos

ha muerto?

Dilo todo

aunque

sea cruel de oír.

Espía I: *Recobra*

tu ánimo y escucha.

Espía II: *Revestidos con sus armaduras,
estaban resplandecientes y serenos.*

Espía I: *-Dioses de mi padre-exclamó Polinice—
concédeme la muerte de mi hermano.*

Quiero su sangre en mi diestra victoriosa.

Que pague su ambición y mi destierro.

Espía II: *-Que mi lanza vencedora -exclamó Etéocles-
se hunda en el pecho de Polinice
y lo mate por agredir a su patria
y no entender la justicia.*

Espía I: *Se embistieron en veloz carrera,
despidiendo relámpagos al trabar la pelea,
llenos sus labios de espuma.*

Espía II: *Saltaban chispas de las lanzas.*

Espía I: *Rápidos se movían los escudos
parando el golpe de las puntas de hierro.*

Espía II: *Agiles, la carne hurtaban a la muerte.*

Espía I: *De repente Etéocles dio un traspies*

*y ofreció un blanco propicio a su hermano:
Polinice le hundió la lanza en la pierna.*

Espía II: *Etéocles, apretando los dientes de dolor,
intentó alcanzar a su hermano en el hombro,
pero se rompió su lanza y quedó desarmado.*

Espía I: *Retrocede, y tirándole una piedra parte
la lanza de Polinice por el centro.*

Espía II: *Y se arranca la lanza
de la pierna sin un grito.*

Espía I: *Ahora es igual la lucha.*

Espía II: *Salen entonces las espadas.*

Espía I: *Sus cuerpos se acercan.*

Espía II: *Chocan los escudos.*

Espía I: *De pronto Polinice cae en tierra,
chorreando sangre: la espada de Etéocles
está en su vientre clavada hasta las costillas.*

Espía II: *-Con mi propia espada me matas.
Ella y tu mano me arrancan del mundo.*

Espía I: *Etéocles se aproxima. Jadea. Arrastra
la pierna. Se inclina sobre su hermano
para quitarle las armas.*

Espía II: *Pero con la mano trémula, tocada
por la muerte, empuña Polinice
su espada y la clava
en el hígado de su hermano.*

Espía I: *Los dos caen, ruedan juntos.*

Espía II: *Etéocles, revolviendo en su pecho
un horrible suspiro, alza la mano
y se despide de sus hombros.*

Espía I: *No puede hablar.
Borbotea sangre y escupe.*

Espía II: *-¿Qué eres ahora, Etéocles?
Ya no te reconozco.
No puedo odiarte ni amarte.*

¿Dónde estás? Cierra mis ojos.

Espía I: *Ambos los ojos se cerraron.*

El Coro: *¿Ahora deberemos alegrarnos,
ahora deberemos celebrar
con voces regocijadas
la salvación de la ciudad?
¿O lloraremos a esos tristes
que no pudieron comprenderse?
¿Qué los separa? ¿Qué ejército
extraño y sombrío parte en dos
la patria y la casa paterna?
¿Quién aleja los recuerdos
y los separa para siempre?
Quisimos una obra que nos
uniera con lazos iguales,
¡y Polinice los cortó con
la sangre y el hierro!*

Los Espías: *¡Cosas para ser celebradas
con alegría y con llanto!*

Salvada la ciudad: *el cuerpo
de su defensor se dispersa
en la tierra. Terminada
la obra, entra la muerte.
(Salen.)*

El Coro: *¿No hubiera sido mejor detenerse y pensar?
¿No hubiera sido mejor volver victorioso
y gobernar sereno, con cuidado y justicia mayor?
¿Debo acaso lamentar la suerte de Polinice?
¿Recordar los males del destierro?
¿Purificará la muerte su acto contra Tebas?
Oh tercios, tercios, tercios.
Rompo en funerario canto por ustedes.
Nadie podrá reprocharnos la ternura
ante el que muere por error.*

Después, Polinice, cumpliremos nuestro deber.
Ya no eres nuestro enemigo: eres un hombre muerto.

Entran los cuerpos de Etéocles y Polinice.

El Coro: (Con voces alternadas.)

*Ya están aquí. Ya no se trata de palabras.
La realidad golpea con una espada fulgurante.
Doble infortunio, soledad doble.*

Ay, qué extraña noche: mezcla

*la desdicha con la alegría,
la soberbia con la justicia,
nos deja con agradecimiento y lástima.*

(El Coro expresa con el cuerpo y la voz, sin estilizaciones blandas, el movimiento de la barca fúnebre, el golpe de los remos en el agua, etcétera.)

Amigas, se levanta el viento de la despedida.

Se mueven las barcas, los remos se mueven.

*¿Qué ven ahora sus ojos,
qué laureles, aguas, pájaros sin nombres?*

Vuélvete, Etéocles. Vuélvete, Polinice.

Miren estas manos despedirlos.

Amigas, se levanta el viento de los adioses.

Las barcas se desprenden de la orilla.

Que se difunda el son propicio,

las negras velas se dilaten,

y las barcas, con sus dos peregrinos,

entren en el reino de la muerte.

(El Coro se divide.)

Primero: *No te persuadieron mis voces
ni quebrantaron mis tribulaciones.*

¿Quién nos dirigirá?

¿Qué será de tu obra?

Segundo: *Nadie te ha vestido, Polinice,*

ni lavado tu cuerpo.

Primero: ¡Cómo iba a estar de tu parte
la patria entregada por obra tuya
a la ambición extranjera! Nadie
cantará tan horrible proeza.

Segundo: Tienes tus armas puestas, Etéocles,
y está bien que así sea.
Tebas se dispone a enterrarte
con honor y tristeza,
y está bien que así sea.

Primero: El aire está calmado,
quieto, sin ruido, sin daño.
La sangre derramada
hace el aire más puro.

Segundo: Las torres de la ciudad
se acercan
y resplandecen ¡nocentes.

Primero: El odio se desvanece
en este cuerpo inerte,
muere en esta boca muda.
Nos deja libres, sin herencia.

Segundo: Ambos recibieron su parte.
La parte que el destino
les tenía reservada,
y una riqueza sin fondo
bajo sus cuerpos:
la tierra.

Primero: Pronto vendrá la primavera,
la lluvia, moviendo de ternura
la tierra,
y estrenarán hojas nuevas
sobre la sangre.
El sacrificio consumado,
abre las puertas.

Entran los Adalides y los Espías. El cortejo fúnebre se organiza. Los Adalides y los Espías se colocan junto al cuerpo de Etéocles. Solo, a un lado, queda el cuerpo de Polinice.

El Coro: *Con ustedes amanece, tebanos.*

*Estamos tristes y alegres al vernos
otra vez. Pero no nos avergonzaremos
mañana de abrazarnos y comer el cordero.*

Polionte: *(Se acerca al cuerpo de Etéocles.)*

No te perturbaremos con lamentos y lágrimas.

Adiós, Etéocles. No podemos censurarte:

*tu obra está en nosotros. Sabremos continuar
esa justicia que no se arrepiente ni claudica.
Por ti reinará un orden nuevo, mientras tú sueñas.
Por eso podremos mañana comer el cordero.*

Levantán el cuerpo de Etéocles. Resuenan cánticos funerarios. El cortejo sale lentamente.

Polionte: *(A algunas mujeres.)*

*Ustedes, sepúltenlo.
Tendremos para él la piedad
que no supo tener para Tebas.*

Mientras cubren el cuerpo de Polinice, amanece.

Mayo, 1968

Sobre el autor y la obra

Antón Arrufat nació en Santiago de Cuba, en agosto de 1935. Miembro del equipo de *Ciclón* («debes tratar de atraer a ese joven de nombre tan extraño», indicaba Piñera a Rodríguez Feo), el poeta, narrador, dramaturgo y ensayista estuvo también vinculado a las redacciones de *Lunes de Revolución* y *Casa de las Américas*, al tiempo que estrenaba sus piezas, elaboraba antologías -una de ellas dedicada a las mejores guarachas cubanas-, y se adentraba en los misterios de nuestro teatro bufo con tal rigor que Rine Leal llegó a decir que nadie como Arrufat sabía tanto acerca de esa materia en Cuba.

Admirado hoy por la más joven generación literaria de la Isla como pocos autores, vivos, Antón Arrufat ha podido sumar un catálogo donde sobresalen libros de poesía como *La huella en la arena*, colecciones de narrativa como *¿Qué harás después de mí?*, junto a las novelas *La caja está cerrada* y *La noche del Aguafiestas*. Sus ejercicios en el campo de la crónica (léase *De las pequeñas cosas*), lo convierten en un digno semejante de quienes, en las páginas de *El Fígaro* o *La Habana Elegante*, hicieron de este delicado género un apartado de exquisitos.

Su creación para la escena ha sido recogida en *Teatro, Todos los domingos, La tierra permanente, Cámara de amor* y *La divina Fanny*. Su pieza *Los siete contra Tebas*, premiada por la UNEAC en 1968, fue estrenada en México en 1970. Tras años Je alrededor de esta obra, la restituimos a su justo lugar dentro de la dramaturgia nacional, según su calidad ya nos lo exige.

Por estas y tantas otras razones, Ant3n Arrufat acaba de recibir el Premio Nacional de Literatura.